

EL DESCUBRIMIENTO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA EN NUEVA GRANADA A FINALES DEL SIGLO XVIII *

Renán Silva
Universidad del Valle

Resumen:

A través de la biografía y el pensamiento de Camilo Torres, quien perteneció a una de las empobrecidas familias aristocráticas de Popayán de finales del siglo XVIII, este artículo estudia la forma como los ilustrados neogranadinos – en su mayoría clérigos e ingenieros, militares y pequeños comerciantes, - se preocuparon por la economía, motivados principalmente por la retórica de la Ilustración y de los estudios botánicos. Muchos emprendieron empresas con poco éxito comercial, aunque tenían como principal objetivo aprovechar técnicamente los recursos naturales que creían ilimitados para generar producción agrícola de exportación.

Palabras claves: economía política, Ilustración, Expedición Botánica, utilitarismo.

Abstract: *The Discovery of the Political Economy of New Granada at the End of the XVIII Century.*

Throughout the biography and thinking of Camilo Torres, who belonged to one of the impoverished aristocratic families of Popayan at the end of the XVIII century, this article studies the way, in which the enlightened inhabitants of New Granada, mostly clerics and engineers, army officers and merchants – were worried about the economy mainly motivated by the rhetoric of the Illustration and botanical studies. Many undertook the founding of companies that had poor commercial success, even though their main objective, was to methodically take advantage of the natural resources, that they believed to be unlimited to generate export agricultural products.

Keywords: political economy, Illustration, Botanical Expedition, utilitarianism

* Versión parcial, simplificada y modificada del capítulo VII de *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, que próximamente publicará el Banco de la República/EAFIT.

Es muy notable y sensible que perdiendo tanto su tiempo en hacer traducciones de romances, novelas y otras obras propias sólo para corromper el gusto y las costumbres, no lo empleen en aquellas que tienen un mérito distinguido y son de utilidad general. Hasta el año 1794 no hemos tenido una traducción de la obra maestra de Adam Smith, Riqueza de las Naciones.

José Ignacio de Pombo.

El ideario económico de los Ilustrados

Esta observación de José Ignacio de Pombo que citamos como epígrafe, condensa bien la preocupación de los ilustrados de Nueva Granada, por adquirir un punto de vista sobre la economía del virreinato y, más en general, por adquirir una concepción nueva acerca de los procesos de creación de la riqueza social, colocándola en relación con el trabajo y la inversión, y con el uso de las ciencias y de la técnica.¹

Cuando se examinan los escritos de los ilustrados neogranadinos, o cuando se lee la prensa en que expresaron sus ideas, de inmediato se reconoce que la preocupación por la economía es una constante, acentuada sobre todo en los últimos años del período colonial, igual como ocurre en el caso de las otras posesiones del imperio hispánico, y desde luego en la propia metrópoli, aunque las cronologías del fenómeno no sean idénticas en todos los lugares.² El hecho básico que recorre esa “preocupación por la economía” es la idea de “reproducción ampliada”, el convencimiento de que puede haber un *crecimiento económico ilimitado*, que contribuya al beneficio de todos, y sea la fuente de la prosperidad material y de la propia felicidad terrenal.³ Este último punto, esencial en la comprensión de los procesos de secularización presentes en el nuevo interés por la riqueza, debe resaltarse, ya que de manera corriente es dejado de lado por los comentaristas, quienes han preferido intentar establecer relaciones entre las formulaciones económicas de los ilustrados y los supuestos “intereses de clase” de los grupos de comerciantes.⁴

¹ Sobre la importancia del pensamiento económico en el movimiento ilustrado en Europa cf. Jean Claude Perrot, *Une Histoire intellectuelle de l'économie politique*. Paris: E.H.E.S.S., 1991. Y más en general sobre el surgimiento del terreno en el que aparece la noción de riqueza cf. Michel Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard, 1966 [Existe traducción castellana].

² La mejor compilación documental sobre este punto, para el conjunto hispanoamericano, sigue siendo la de: Juan Carlos Chiaramonte [editor], *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca ayacucho, 1979.

³ Sobre el tema de los recursos naturales y la certeza del crecimiento ilimitado en la región andina cf. Marie Danielle Demèlas, *L'invention politique*. Paris: E.R.C., 1992.

⁴ Para el caso colombiano, la versión más reciente de esta interpretación del pensamiento económico ilustrado, como «expresión de los intereses de clase de los comerciantes», es la de Hans Joachim Köning, *En el camino hacia la nación*. Bogotá: Banco de la República, 1994, Cf. especialmente pp: 103-104.

Prosperidad y felicidad son dos vocablos cargados de materialidad en el lenguaje de los ilustrados. Criticando toda forma de producción que no supere los niveles existentes de consumo, oponiéndose a la idea de satisfacción simple de necesidades, introduciendo los términos “opulencia, lujo y comodidad”, era ante todo *otro ideal de la vida social el que se proponía*. Como lo escribía José Manuel Restrepo en su “Ensayo sobre la geografía de la provincia de Antioquia”, publicado en el *Semanario*, “mejorar la agricultura y hacer opulento a su país, es lo que constituye el verdadero patriotismo”. Hay pues en las ideas económicas de los ilustrados la formulación inicial de un principio de vida social más amable, de una vida menos sometida al peso de la necesidad apremiante, rodeada de un nivel de riqueza que se convirtiera en principio de civilización, y que permitiera a los individuos dejar de ser los miembros de una “colonia aislada, que no tiene otros recursos que los de una agricultura débil y miserable”.⁵

La noción en torno de la cual se estructura el conjunto del “ideario económico” de los ilustrados es la de *recursos naturales*. Los ilustrados creen no sólo que la naturaleza es pródiga en todas partes del universo, sino que es especialmente pródiga en su territorio, como expresión de un gesto particular de la Providencia; y a este respecto han construido una verdadera *mitología*, que utilizarán como punto de anclaje de sus sueños, como principio de identidad local, y como orgullosa diferencia contra la deseada y envidiada Europa. Es claro que la idea de la existencia de unos “recursos naturales inagotables”, que pueden ser explotados productivamente por el uso de la técnica y del trabajo, no es una creación de los ilustrados de Nueva Granada. Para no hablar del contexto inglés y francés, recordemos solamente que la idea se encuentra presente ya en el pensamiento de algunos de los políticos y economistas españoles desde el siglo XVII, y que formaba parte de los argumentos en los cuales se apoyó la fundación del virreinato en los años 40s del siglo XVIII.

La idea de recursos naturales era parte, pues, de la “retórica de la Ilustración” y de sus proyectos, y se encuentra expresada con fuerza en los gobernantes coloniales de la década del 70, los virreyes Guirior y Flórez, quienes hablaban ya de explotación técnica de los recursos, de trabajo productivo, de aplicación de la ciencia al trabajo, de sociedades económicas de amigos del país y de comercio libre.⁶ Y se encuentra también presente en muchos de los análisis y las orientaciones prácticas de gobernadores de provincia y de visitantes ilustrados como Moreno y Escandón, Antonio de Narváez y Francisco Silvestre. Encontramos también la misma idea de presencia de ilimitados recursos naturales, *distintos de los recursos mineros*, en los informes y actividades prácticas de militares e ingenieros que se desempeñaron en los años 60s y 70s como colonizadores de nuevos territorios, fundadores de poblaciones y constructores de caminos. Así por ejemplo en el Capitán Antonio de la Torre, el

⁵ Pedro Fermín Vargas. “Memoria sobre la población”, en *Pensamientos políticos*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 131. El *Correo Curioso*, No 3, 3-III-1801, por su parte, hablará de «artes miserables y agricultura escasa».

⁶ Cf. Germán Colmenares [editor]. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco Popular, 1989, T. 1, Prólogo, pp: 5-26.

principal fundador de poblaciones en el interior de la Costa Norte del virreinato, a partir de 1774, quien reunía en un sólo poblado habitantes dispersos, trazaba calles y plazas, y hacía construir iglesias, e igualmente fomentaba la cría de animales, enseñaba a preparar sementeras, introducía nuevos cultivos -como el algodón y el añil- y fijaba reglas para el control de la población. De la Torre escribía, como resumen de su trabajo de reunión de vecinos dispersos, que ahora sí podía declararse que eran “vecinos de alguna utilidad y provecho al Estado, y capaces de contribuir al fomento de la provincia”.⁷

Pero aun más de una década antes de la actividad colonizadora de la Torre, la idea de inmensos recursos naturales, *susceptibles de explotación técnica y de enriquecimiento social*, se encuentra en el ingeniero militar Antonio Arévalo, un peninsular llegado a Cartagena hacia 1742, y quien se desempeñaba como “Director de obras”. Arévalo dejó un *Diario de viaje* y una *Descripción de la provincia del Darién*, en donde da cuenta de su *actividad práctica ilustrada*, y en donde hace el respectivo elogio de los recursos naturales, de la fertilidad de la tierra, de las posibilidades de la navegación para el comercio, y en fin, de la utilidad del territorio. Según escribía el ingeniero Arévalo, “¿qué utilidades no se podrían sacar de esta provincia, en donde se hallan juntos todos estos frutos, con la facilidad que dan tantos ríos para cultivarlos y conducirlos”, y agregaba que con su fomento, “en poco tiempo podía ser [la provincia] una de las mejores de América y que más rinda a nuestro Soberano”.⁸ Así pues, con anterioridad a la formulación del ideario económico de los ilustrados neogranadinos de los 90s y primera década del siglo XIX, no sólo el tema de los recursos naturales, de las posibilidades agrícolas y de la importancia del comercio de materias de exportación se encuentra presente en el virreinato, sino que la sociedad conoce una *incipiente actividad práctica ilustrada* que marcha en esa dirección y que es inseparable del proyecto imperial de control sobre el territorio y sobre las poblaciones indígenas y particularmente mestizas.

Podemos preguntarnos pues, ¿qué agregaron de nuevo los ilustrados neogranadinos a esas formulaciones de política económica oficial y a ese discurso económico relativamente conocido, aunque su funcionamiento fuera implícito y se expresara más en términos de prácticas y de conductas? En primer lugar, los ilustrados aportaron la idea de que ese ideario debía *difundirse* y convertirse en *idea dominante de la sociedad*. De hecho, el *Correo Curioso*, cuyo nombre completo era *Correo Curioso, Económico y Mercantil* -lo que a veces se olvida-, declaraba que la difusión del nuevo evangelio de la prosperidad, la riqueza y la felicidad, era uno de sus objetivos, y a su exposición dedicó la casi totalidad de su contenido.⁹

⁷ Para todo lo relacionado con este colonizador cf. el útil libro de, Pilar Moreno de Angel. *Antonio de la Torre y Miranda. Viajero y poblador. Siglo XVIII*. Bogotá: Planeta, 1993. La frase citada en p: 47.

⁸ Idem, p 183.

⁹ El propósito aparece claro desde el Prospecto del *Correo Curioso*, en donde se declaraba que, «trataremos de la agricultura en todas sus partes, procuraremos el fomento y perfección de la industria...»; y «daremos la idea más sencilla del comercio, sus cálculos, sus recíprocas obligaciones, sus utilidades... la necesidad del dinero corriente y la inutilidad del dinero guardado... publicaremos noticia exacta de los precios de varias provincias, tanto del género de importación como de exportación». Cf. *Correo Curioso* No 1, 17-II-1801.

En segundo lugar, los ilustrados locales dotaron a una retórica oficial, que en sus inicios no era más que una *declaración de principios* que se aplicaba sin mayores diferencias al conjunto de posesiones coloniales hispánicas, de una forma particular, de una *determinación concreta*, a la que llegaron por la vía de la *experiencia, la lectura y la investigación* –los tres puntos básicos que abordaremos en el presente texto. Gran parte de los escritos de los ilustrados neogranadinos, y de manera particular la revista el *Semanario*, son precisamente la concreción de ese proyecto de investigación del medio local, a través de monografías regionales de contenido económico y social, de la formación de mapas, de la descripción de un cultivo o del estudio de un conjunto de variaciones climáticas. Este hecho resulta muy importante en el proceso de análisis de la difusión del “pensamiento ilustrado”, pues muestra de qué manera, la apropiación del ideal de la “prosperidad y la riqueza”, pasa por una reelaboración, que, en el caso, de Nueva Granada, es inseparable de la constitución de un grupo intelectual que aborda su trabajo como un proyecto de investigación de las realidades locales. Dentro de la unidad de contenidos y de temas que es constitutiva del pensamiento Ilustrado en Hispanoamérica, el punto que mencionamos resulta esencial, pues representa un rasgo particular, una diferencia específica de grado y de forma en la elaboración neogranadina de la Ilustración en la región, pues no en todas partes, o por lo menos no con tanta fuerza, el tema de los *recursos naturales* y de la *aplicación de la ciencia a la creación de riqueza*, fueron elementos constitutivos del movimiento ilustrado, aunque, si se observan ya en el siglo XIX los niveles de creación de riqueza de los antiguos virreinos, la Nueva Granada no hubiera alcanzado grandes metas.

Hay que señalar, en tercer lugar, que la transformación de una forma retórica común en contenido concreto, permitió a los ilustrados neogranadinos el acceso a un *lenguaje* que les era desconocido. Desde luego que sus textos de análisis económico son de valor muy relativo, a nuestros ojos, y que entre tales textos existen desigualdades muy grandes, como lo comprueban las Memorias publicadas en el *Semanario*, pero es claro que se trata ya de *otro lenguaje*, si comparamos con la tradición anterior.

El caso más sobresaliente de adquisición de ese nuevo punto de vista y lenguaje parece ser el de José Ignacio de Pombo. Es claro que Pombo se encuentra familiarizado con los economistas españoles de su tiempo, pero no menos con los autores franceses, ingleses y norteamericanos, a quienes cita; y es claro que su *escritura* adquiere complejidades *técnicas* antes desconocidas. Pombo haciendo uso de la estadística, realiza cálculos, establece balances consolidados, introduce categorías nuevas, como la de balanza comercial, valores líquidos, diferencias internas entre tipos de productos de exportación e importación, etc., y organiza pequeñas series cronológicas, etc., tratando de operar en el análisis económico, con el mismo ideal de exactitud, que se proponía como meta en el campo de las ciencias naturales”.¹⁰ Pero el fenómeno es más general, pues aún el clérigo Eloy Valenzuela, perteneciente al grupo de ilustrados de mayor edad y formado en la universidad neogranadina anterior

¹⁰ José Ignacio Pombo. *Comercio y contrabando en Cartagena de Indias, 1802*. Bogotá: Procultura, 1986.

a la reforma de estudios de 1774-1779, se aventura en el nuevo lenguaje, recoge cifras y verifica, construye cuadros estadísticos y realiza comparaciones.¹¹

Se puede señalar también, en cuarto lugar, que, a diferencia de sus antecesores “prácticos” de los 60s y 70s, los ilustrados neogranadinos de fin de siglo se esforzaron por producir un diagnóstico *general* de la economía del virreinato, propusieron una serie de medidas de *reforma*, y produjeron una *utopía* sobre una sociedad de la abundancia, cuya garantía de existencia era el liberalismo económico. Como lo escribía José Ignacio de Pombo:

*Estamos persuadidos como el que más, que los principios liberales son los únicos capaces de dar actividad al comercio, perfeccionar la industria, y llevar la agricultura a aquel grado de adelantamiento que es necesario para que prosperen aquellos ramos y sea feliz una nación.*¹²

La comprobación de la importancia creciente que los *objetos de la economía* iba adquiriendo para los ilustrados de Nueva Granada, puede hacerse a través de la lectura de los dos periódicos y de la revista que fueron lugares de circulación de sus escritos, entre 1791 y 1812, esto es, el *Papel Periódico*, el *Correo Curioso*, y el *Semanario*; aunque el mismo hecho se verifica en textos de los ilustrados que circularon manuscritos, o que fueron impresos solo en los inicios de la Independencia, o un poco después.

Para intentar mostrar algunos de los hechos nuevos que se encuentran presentes, en lo que fue conformándose como un *ideario económico* y como una forma nueva de percepción y de asimilación, tanto de las transformaciones económicas en curso, como de un conjunto de nuevas aspiraciones sociales, podemos echar una rápida ojeada sobre dos de los “tópicos” que encontraron su lugar en el “pensamiento económico” de los ilustrados neogranadinos: la agricultura y el comercio.

Como los ilustrados, que tienden un puente hacia la fisiocracia y hacia el futuro siglo XIX latinoamericano, podemos comenzar por la agricultura, de la cual realizaron una alta valoración, al declararla -repitiendo al doctor Quesnay y a sus discípulos- “madre de la riqueza”, “madre de la felicidad de los mortales”, contra el pasado colonial anterior que privilegiaba la minería; y al considerarla como un objeto que podría ser llevado a la perfección, si era dirigido por la ciencia y por el trabajo humano creador, según lo escribía Pedro Fermín de Vargas: “Contémplese lo mucho que se debía esperar, si este vigor de la naturaleza, fuese ayudado por la industria humana”¹³, al mismo tiempo que declaraban a la agricultura una “actividad noble”, por su antigüedad.¹⁴

¹¹ Eloy Valenzuela, “Resumen de las quinas...”, en *Semanario*, T. 1, pp. 229-230.

¹² José Ignacio Pombo, *Comercio y contrabando*, op. cit., p. 92, Nota 15.

¹³ Pedro Fermín de Vargas, *Pensamientos políticos*, op. cit., p. 19. Las mismas consideraciones en José María Salazar, “Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá”, en *Semanario*, T. 2, p. 220.

¹⁴ Cf. por ejemplo *Papel Periódico* No 56, 9-III-1792.

En cuanto al comercio, una vieja actividad colonial que había sido desde el siglo XVII fuente de enriquecimiento de un sector de españoles que por esa vía se integraron a las viejas elites de encomenderos y terratenientes, los ilustrados produjeron una redefinición de esa actividad, al considerarla por primera vez como un “arte”, al tiempo teórico, que exigía “mucho conocimiento del mundo, para dirigir oportunamente las especulaciones mercantiles”, y un arte práctico, “que por medio de reglas y combinaciones, obtiene el aumento de la riqueza”¹⁵, produciendo también una valoración nueva de la *figura social* del comerciante, quien debería ser un personaje dispuesto a viajar y a aprender, a realizar cálculos y proyecciones, a mantener precios moderados, y a demostrar buena fe en todas sus operaciones, todo lo cual contradecía los modelos anteriores de la práctica comercial.¹⁶

Es claro que frente a los dos fenómenos, la agricultura y el comercio, las nuevas concepciones expresaban cambios significativos, máxime si tenemos en cuenta que detrás de este proceso de redefiniciones se encontraba presente en verdad una teoría sobre la *sociabilidad humana*, que privilegiaba el poblamiento colectivo, la vida en sociedad y el intercambio, considerados como formas esenciales de la civilidad, pues, por ejemplo, según esa formulación, la agricultura hacía sedentarios a los hombres, y al fijarlos a la tierra, se constituía en un principio de civilización.¹⁷ Igualmente el comercio fue considerado como un principio universal de contacto y comunicación entre los hombres, y como actividad que reportaba beneficios para los dos partes, al tiempo que se declaraba que “*la ganancia es el blanco universal de todas las gentes*”, en una fórmula que apuntaba claramente en la vía de una definición del hombre como *homo economicus* y no como “hombre religioso”.¹⁸ De este modo pues, los ilustrados renovaban profundamente en un dominio básico de la vida social y se aventuraban en una forma de saber que era relativamente inédita en su sociedad, y lo hacían marchando en una vía que ellos mismos consideraron como terrenal. Es por eso que en un artículo del *Correo Curioso* sobre las sociedades de amigos del país, que se proponían como principio de la “ilustración del Reyno”, se decía de ellas que eran instituciones que “*producen la felicidad que el hombre puede gozar sobre la tierra*”.

Desde luego que no hay que caer en la tentación fácil de inventar para los ilustrados neogranadinos originalidades teóricas y conceptuales que no les corresponden, cuando en verdad, al igual que en el terreno de las ciencias naturales, nada nuevo estaban descubriendo, ya que trataban tan sólo de acceder a temas y lenguajes

¹⁵ José María Salazar, “Memoria descriptiva...”, en *Semanario*, T. 2, p. 220.

¹⁶ *Papel Periódico* No 75, 20-VII-1792.

¹⁷ Pedro Fermín de Vargas, *Pensamientos políticos*, op. cit., p. 19 y ss.

¹⁸ La relación entre comercio y sociabilidad es uno de los lugares comunes más frecuentes de los ilustrados neogranadinos. La expresión citada sobre la ganancia se encuentra en el “Plan de una compañía patriótica de comercio” publicado en el *Correo Curioso*, No 22, 14-VII-1801. Louis Dumont, en *Homo Aequalis*. París, 1985, llama la atención sobre la fuerza que tiene en las sociedades tradicionales la idea del comercio como relación que no puede favorecer a las dos partes, y la denomina por ello un «ideologema», o elemento ideológico de base. Dumont señala que la consideración del intercambio como ventajoso para las dos partes, no sólo representa un cambio fundamental en la cultura económica de la sociedad, sino el camino de ascensión de la categoría económica, en sentido moderno. Cf. particularmente pp 43-45.

que desde el siglo XVII son distintivos de las sociedades que abordaron el progreso y la civilización por la vía de la creación de riqueza. Es indudable que las adquisiciones en el terreno de la “economía política” no fueron más allá de fórmulas elementales, a veces simple retórica, en cuanto al tema de la creación de riqueza, a su relación con el trabajo y la técnica, y a la necesidad de un “comercio activo”, que diera ventajas a las exportaciones sobre las importaciones, principio que los ilustrados neogranadinos consideraban dogma de la actividad económica de una sociedad.¹⁹ Como es indudable que la expresión “economía política”, continuará siendo utilizada como un *significado flotante*, es decir, como una noción laxa, definida sin mayor rigor y expresando al mismo tiempo viejos y nuevos sentidos.²⁰ Pero ello no anula la novedad del acontecimiento, y de paso nos recuerda el carácter desigual y complejo de todo proceso de transformación intelectual.

La familia Torres en Popayán

La descripción de un cierto *ideario económico*, incluso cuando se le coloca en relación con proyectos y actividades prácticas, no permite sino un acercamiento parcial a la forma precisa como un conjunto de ideales, en este caso aquellos de la “prosperidad, utilidad y felicidad”, son apropiados por un grupo social particular o, por lo menos, por algunos de los miembros de ese grupo. El examen detallado y cuidadoso, por fuerza a veces reiterativo, de la actividad práctica económica de una familia o de un individuo, observada a través de su correspondencia, puede ofrecer tal vez una perspectiva más favorable para acercarse a lo que estimamos como un conjunto de nuevos comportamientos económicos, y particularmente de nuevas “representaciones mentales” sobre los fenómenos de la actividad productiva y del significado de la riqueza. *Los niveles de lo vivido y de lo representado*, captados en el plano de las estrategias cotidianas, son puntos privilegiados para el acceso a esas zonas de lo social, en donde podemos observar las relaciones que en cierto momento establecen las determinaciones más generales de un proceso y las actividades singulares de un actor.²¹

Aquí, por ejemplo, intentaremos analizar de qué manera, el ideario económico de los ilustrados es *incorporado, apropiado, utilizado* como estrategia de redención social de su familia, por parte de Jerónimo Torres y de su hermano Camilo, miembros de una familia perteneciente a la nobleza pobre de Popayán, y quienes tendrán una destacada actuación en las luchas de Independencia nacional a principios del siglo

¹⁹ «Ya se sabe, y es principio indudable entre los economistas, que un pueblo es más rico cuanto más exceden sus exportaciones a las introducciones, y que es pobre, cuando las entradas son mayores que las salidas», escribe José Manuel Restrepo. *Semanario*, T. 1, p. 267.

²⁰ Francisco José de Caldas, por ejemplo utilizará la noción en los más diversos sentidos: la introducción de un nuevo cultivo, una mejora en la siembra, comerciar, abrir un camino, etc. Podemos retener aquí un ejemplo: «La comunicación de los países interiores de la provincia de Quito con las costas del Océano Pacífico... era un problema difícil de la economía política de esta capital». *Obras*, p. 503.

²¹ Cf. Norbert Elias, *El proceso de civilización* [1977 y 1979]. México: FCE, 1987.

XIX; como intentaremos también mostrar de qué manera la apropiación de ese ideario depende de un conjunto complejo de circunstancias, que no son ni del orden exclusivo de la “teoría” ni del simple orden de la “elección racional”, y que nos recuerdan la importancia que en la formulación de una doctrina y en la incorporación de un saber tiene “la actividad práctica cognitiva”, por lo común despreciada por la historia rutinaria de las ideas.²² Por lo demás intentaremos hacer notar la relación compleja que existe entre el acceso práctico a un nuevo orden de comprensión de la realidad social y los valores sociales tradicionales en que tal proceso puede seguir anclado, como nos parece que resulta claro del análisis que proponemos a continuación, lo que descarta el planteamiento fácil de la antropología de principios del siglo XX que postula fenómenos de perfecta integración entre cultura y “personalidad social básica”. El análisis puede resultar aun más interesante si el comportamiento estudiado se ofrece en el marco de una sociedad regional, esclavista y aristocrática como la Gobernación de Popayán en el siglo XVIII, y si la familia investigada pertenece a los grupos de una nobleza pobre e ilustrada, que se ve obligada a desarrollar una estrategia económica, que es al mismo tiempo una lucha por la supervivencia material y un esfuerzo por mantener en el orden de las apariencias su posición social.

Para los grupos considerados como nobles en Nueva Granada, especialmente en una sociedad regional como Popayán, la pobreza era una condición que no se confesaba, y ante la realidad del hecho, se prefería huir del medio urbano y refugiarse en la casa campestre, cuando se agotaban las posibilidades de mantener un nivel mínimo de gastos en ropa, en pago de criados, en retribución de un capellán, y en sostenimiento de la casa que se habita. Ese era en la Gobernación de Popayán el camino habitual de los encomenderos y terratenientes arruinados del siglo XVII, quienes debían dejar la ciudad por temporadas, y residir en sus propiedades campestres, al lado de la no muy deseada compañía de indios, negros y mestizos, mientras aparecía la posibilidad de vender una parte de la tierra poseída a un nuevo comerciante enriquecido, o de lograr un buen matrimonio para sí o para uno de los de la familia, posiblemente con un miembro de una de las familias de propietarios de esclavos, que habían hecho fortuna en la minería y que constituían el núcleo del patriciado dominante en la ciudad y los ocupantes principales y hereditarios de los cargos de alta figuración social.

Superado el azar en que a veces lo colocaba la evolución de las fuerzas de la economía, bien fuera través de la venta de tierras o por el ingreso por medio del matrimonio en un nuevo círculo familiar, el viejo noble improductivo podía volver a la ciudad, mostrarse en la plaza pública y participar en las grandes celebraciones religiosas, “abrir” de nuevo su casa en la calle principal, ocupar su antiguo puesto en el cabildo, participar de las intrigas ante las autoridades, hacer “vida cortesana”, y recuperar el respeto y la estima un tiempo atrás amenazados.²³ Pero no todos los nobles pobres, o empobrecidos, tenían tierras de buena calidad para vender, ni existía siempre

²² Cf. al respecto Jean-Claude Perrot, *Une histoire intellectuelle de l'économie politique*, op. cit., y Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*. Paris: Minuit, 1980.

²³ Cf. Norbert Elias, *La sociedad cortesana* [1969]. México: F.C.E., 1982, para los problemas de la figuración social y la demostración del rango.

la posibilidad de un matrimonio de redención, pues, en el caso de las mujeres, por ejemplo, hacía falta la “dote”, la que incluso se exigía para entrar en condición de privilegio al convento, gozando de “celda” propia. Y en el caso de los clérigos, se hacía necesaria alguna capacidad económica por parte de la familia y un cierto número de relaciones con los propietarios más ricos, para contar con su favor y poder ser incorporado en una clientela en calidad de capellán o confesor.

Particularmente en la segunda mitad del siglo XVIII, la última generación de españoles llegados a Popayán –grupo que será uno de los núcleos fuertes de la actividad ilustrada neogranadina-, tuvo que enfrentar agudas dificultades económicas y cierto rechazo social de los ceremoniales urbanos de prestigio, pues hacía tiempo el reparto de buenas tierras había terminado, las empresas mineras productivas exigían desde el principio una inversión alta en esclavos, y el comercio que dejaba buenas ganancias era monopolio de un grupo social que se había aliado con los “antiguos de la tierra”, conformando una aristocracia regional, que tenía cerrada sus puertas a los nuevos inmigrantes. Esa será la sociedad local en que crecerán los hijos de la familia Torres.²⁴

Pobres como los Torres

La historia de la llegada de la familia Torres a Popayán ha sido relatada por Jerónimo, uno de los hijos. Su padre pasó de España a Cartagena de Indias, con el ánimo de enriquecerse en el comercio, “trayendo mediano caudal y algunas recomendaciones”, pero pocos años después se estableció en Popayán, a donde fue, “atraído por la fama de las ricas minas de oro de aquella provincia”, y en donde se casó, con una de las hijas del alférez real de la ciudad, familia que tampoco parece haber sido de grandes recursos económicos. Y a pesar del esfuerzo de Jerónimo Torres –esfuerzo que han continuado posteriormente los biógrafos- por atribuir a sus parientes un alto lugar en la jerarquía social, es claro que no se trataba más que de gentes de “mediano caudal” y mediano reconocimiento social, inmigrantes tardíos, faltos de todo origen noble, empeñados en una lucha por la supervivencia y por hacerse a títulos de honor.²⁵

Las actividades mineras del padre de los Torres no fueron muy lejos, y al cabo de unos pocos años era tan sólo el dueño de una mina de escasos rendimientos, de algunas tierras sin cultivar y con dudosos títulos de propiedad, y de una pequeña cuadrilla de esclavos, además de haberse embarcado en dos o tres proyectos de

²⁴ El cuadro que presento, a manera de síntesis, depende básicamente de Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia, T2; Popayán: una sociedad esclavista, 1690-1800*, op. cit., pero la interpretación que ofrezco no coincide exactamente con la de del profesor Colmenares, el pionero de las interpretaciones modernas sobre la economía y la sociedad de la Provincia de Popayán.

²⁵ Jerónimo Torres, *Noticia biográfica y literaria*. s.p.i., p. 1 y ss. Torres no deja de indicar, expresamente, que uno de sus familiares, alférez real en la ciudad de Cali, había sido nombrado Caballero de la Orden de Carlos III. Desde el punto de vista de las condiciones sociales y familiares, la situación del astrónomo Francisco José de Caldas, es bastante similar a la de los Torres, con los cuales, además, está emparentado por línea materna.

servicio público que Jerónimo Torres señalaba como la causa de su ruina, aunque sin lamentarlo demasiado.

Explicando las razones por las cuales él y sus tres hermanos (había además dos hermanas) no fueron a realizar sus estudios a la Universidad de Salamanca, Jerónimo dirá que su padre, “no vio cumplidos sus deseos en ninguno de sus hijos, a consecuencia del menoscabo que sufrió su fortuna, puesta al servicio de empresas mineras, en la apertura de un camino... y en la provisión de toda la cal para la construcción... del puente del [Río] Cauca”²⁶, ya que el padre de los Torres mostró siempre una gran dedicación por las obras, de interés público, de progreso regional, característica que sus hijos heredarían.

Los datos de la crisis económica familiar son fragmentarios, pero, en cualquier caso, a la muerte del padre, ya el futuro de seguridad económica de los Torres, como familia de recursos e integrada a los grupos de la nobleza local, se veía peligrar; pero sobre todo se veía comprometido el presente, pues los propios estudios, no en Salamanca sino en Popayán, fueron ocasión de dificultades económicas, y aun algún biógrafo de Camilo Torres, asegura que su paso por la universidad en Santafé lo hizo con el apoyo de un clérigo-padrino, quien se hizo cargo de los gastos de quien estimaba como un talento, mientras el resto de su familia en Popayán pasaba grandes dificultades simplemente para subsistir.²⁷

Lo cierto es que a principios de 1798 Jerónimo Torres escribía a su hermano Camilo, quien se encontraba establecido en Santafé trabajando como catedrático universitario y abogado, una carta en la que le informaba sobre la situación económica de la familia, la que presentaba en términos dramáticos, pues los ingresos se reducían a una corta pensión que enviaba uno de los hermanos del padre, al alquiler de dos locales del primer piso de la casa que habitaban, y a una vieja vajilla de plata, recuerdo de tiempos mejores, empeñada por aquí y por allá. Según Jerónimo:

“De ninguna otra parte recibimos auxilio alguno. En los Cerrillos [la propiedad campestre] no hay plataneros, ni ramo alguno de la menor utilidad, tan sólo las tierras con un cortísimo número de ganado. De la mina [en las montañas de San Juan] después de cinco años todavía no hemos comido un pan. Esta [la mina], que esperaba yo que restableciese nuestra arruinada casa, o que al menos fuese el patrimonio de nuestras pobres hermanas... está muy cerca de caer en manos de los acreedores”.²⁸

La situación no debió mejorar en los años siguientes, pues aun en 1803 Jerónimo, quien se había hecho cargo de los “negocios familiares”, escribe a su hermano Camilo sobre la difícil situación económica, contándole que la casa en donde vivían estaba arruinada por el comején, y que no podían pensar en su refacción, no solo porque no

²⁶ Jerónimo Torres, *Noticia biográfica y literaria*, op. cit., p. 5.

²⁷ La crisis económica debió ser de magnitud, pues, según Germán Colmenares, el padre de los Torres poseía una hacienda en Timaná, no lejos de Popayán, la que vendió en 1785, por la suma importante de cuarenta mil patacones. Cf. Colmenares, *Historia económica*, op. cit., T. 2, p. 152. Hacia 1800 Jerónimo Torres escribía que su madre y una de sus hermanas, «ahora se ven reducidas a una sola recámara». Carta de Jerónimo Torres para Ignacio Torres, del 1-IV-1800, Archivo Camilo Torres [en adelante A.C.T.], Caja No 5.

²⁸ Carta del 20-I-1789, A.C.T., Caja No 5.

tenían con qué, sino además porque “todavía no es nuestra”, agregando que las habitaciones eran escasas, que no había en dónde acomodar las cosas, y que para su madre, ya vieja, era la “muerte cambiar de posesión”.²⁹ Para Jerónimo, pues, la situación era comprometida.

Hay que recordar no sólo que los Torres vivían en una pequeña ciudad aristocrática, dominada por el culto de las apariencias³⁰, y en donde el estigma que acompañaba la “pobreza noble” obligaba, literalmente, a esconderse, para no escuchar el juicio sin piedad de los otros³¹; sino que en esa sociedad *la familia* era una institución y un valor fundamentales, en torno de la cuales se organizaban todas las opciones de los individuos. En relación con ese carácter central de la familia es que pueden entenderse muchas de las estrategias económicas de Jerónimo Torres y la decisión de volverse comerciante, pues pensaba que la misión de su vida era salvar a su familia de la ruina, asegurándole una existencia cómoda que impidiera que su apellido se convirtiera en objeto de rechazo en Popayán. Es sobre esto que Jerónimo escribía a Camilo en una carta de finales de 1801:

“Mi querido hermano Camilo: conozco las obligaciones que ha querido imponerme la Providencia, haciéndome nacer en el seno de una familia desgraciada: las he abrazado con gusto y ojalá llegue a desempeñarlas como deseo. Mis cuidados no son otros, que trabajar para el alivio de nuestra pobre madre y hermanas. Su felicidad es a lo que únicamente aspiro”.³²

Así pues, Jerónimo Torres “decidió” hacerse cargo de la fatalidad familiar que le otorgaba la Providencia, y se puso pronto en marcha para buscar la salvación económica de su familia, a través de una amplia actividad comercial que, en principio, se encontraba en conflicto con sus aspiraciones, que no eran otras que las de marchar a Santafé, trabajar en el campo de la historia natural, y hacerse un miembro más de la “compañía de sabios”, es decir, de la Expedición Botánica, que dirigía José Celestino Mutis.³³ Pero la renuncia a un destino intelectual no será total, pues Jerónimo intentará hacer marchar su tarea de comerciante, aplicando en ella los puntos centrales del ideario económico de los ilustrados.

²⁹ Carta del 20-III-1803, A.C.T., Caja No 5.

³⁰ Aun en medio de las dificultades económicas, Jerónimo Torres envía a su hermano Camilo siete onzas de oro, para que le consiga «cuatro sayas de terciopelo» a sus hermanas. Cf. Carta del 20-IX-1802. A cualquier precio, las apariencias debían mantenerse.

³¹ «Las fortunas más modestas, de menos de cincuenta mil patacones, no permitían, naturalmente, un estilo de vida demasiado rumboso. Sin embargo, existía un límite por debajo del cual una persona noble ni siquiera juzgaba decoroso vivir en la ciudad». Germán Colmenares, *Historia económica*, op. cit., T 2, p. 241.

³² Carta del 20-XI-1801, A.C.T., Caja No 5.

³³ El proyecto de establecerse en Santafé vuelve a reanimarse después de 1805, fecha en que muere la madre, pero sólo con la República Jerónimo logrará realizarlo, aunque no ya como miembro de la Expedición Botánica, sino como político, senador y alto funcionario del nuevo Estado.

La economía política de la salvación familiar

Por la correspondencia entre Jerónimo Torres y su hermano Camilo se puede establecer el nexo que existe entre la crítica situación familiar y la decisión de comerciar, pero no se puede establecer la fecha precisa en que las operaciones de comercio se iniciaron. Hay sin embargo suficientes indicios que muestran que los primeros ensayos los realizaron los Torres en los años 90s del siglo XVIII, por la misma época en que el astrónomo F. J. de Caldas recorría la Gobernación de Popayán observando las estrellas y vendiendo baratijas en mercados y ferias de pueblo. Incluso hay indicios que muestran que en algunos momentos la actividad fue conjunta entre los Torres y Caldas. De todas maneras, cuando Caldas partió para Quito en 1801, en parte para continuar sus investigaciones como astrónomo, en parte para adelantar un juicio contra un terrateniente de Popayán que amenazaba la propiedad de su familia, Jerónimo continuó comerciando, aunque los éxitos no eran grandes, pues en una carta de marzo de 1803 informaba a Camilo que:

“El papel está casi todo. Mucho de él es de malísima calidad... Hasta a cinco pesos y fiada he ofrecido la canela, y todavía no se sale de ella. Sólo un cajón se abrió para venderla al por menor, a razón de ocho pesos la libra, pero ya la haya a este precio de mejor calidad... Las medias de seda las llevó Gómez para venderlas en Quito... Los clavos existen todos, y de los instrumentos la mayor parte, y [así] proporcionalmente lo demás”.³⁴

Jerónimo Torres trataba de apoyar su actividad de comerciante en su todavía escaso conocimiento de la economía política, el que se limitaba a algunas intuiciones sobre el funcionamiento de las leyes de la oferta y de la demanda, que el interpretaba bajo la forma simple de que la escasez siempre favorecía la salida de las mercancías y los buenos precios; e intentó la venta de herramientas agrícolas entre los hacendados de la región, pues en los libros y periódicos que el y su hermano Camilo leían, se declaraba que la mejora en las técnicas de cultivo permitía el crecimiento agrícola, y por esta vía un aumento de la prosperidad general. Así, aunque en tono condicional, Jerónimo escribe a Camilo:

“Puede ser que la escasez del hierro facilite la venta de la nueva herramienta... Un diseño en papel de los instrumentos que me dices, con su peso, habría servido para consultar a los mineros y dueños de haciendas”.³⁵

Durante los meses finales de 1801 y al comenzar el año de 1802, Jerónimo Torres intentó convencer a los mineros esclavistas y a los propietarios agrícolas de la región -en realidad grandes latifundistas dedicados a la ganadería extensiva, o al cultivo agrícola sin ningún uso de la técnica-, de la importancia de los buenos instrumentos para la labranza; pero, con cierto desánimo, debía informar a su hermano Camilo que el éxito de la operación “comercial-ilustrada” era tan sólo relativo. Los hacendados

³⁴ Carta del 20-III-1803, A.C.T., Caja No 5.

³⁵ Carta del 20-XII-1801, A.C.T., Caja No 5.

habían visto los instrumentos, y apenas se interesaron por los machetes y algunas azadas, “pero los pagan a dos pesos, y esto por consideración a la carestía del hierro”.³⁶

De esta manera se le iban revelando a Jerónimo Torres las complejidades de la vida económica, las que él ignoraba por completo, luego de sus largos estudios de filosofía peripatética y retórica clásica; pero Jerónimo persistió largos años en la actividad de venta de pequeñas mercancías al por menor, aunque siempre sin éxito. Y todavía a finales de 1805, interrogaba a su hermano Camilo: “¿Díme cuál es el estado actual de esa plaza en su comercio?. Esta [Popayán] se halla actualmente repleta...”.³⁷

A pesar de que en el terreno de las ganancias y de la mejora de la situación familiar, esta inicial actividad económica no hubiera permitido un sólo paso adelante, en el terreno de las normas y valores sociales el análisis histórico tiene que reconocer una transformación importante, pues era un hecho inusual que una parte de la “juventud noble del Reino” (es el mismo caso del F.J. de Caldas) se dedicara al *oficio de mercader*, de vendedor al por menor de pequeños objetos de escaso valor económico. Recordemos que en la sociedad colonial del Nuevo Reino de Granada el comercio fue inicialmente, en el siglo XVI, una actividad sin ningún prestigio social, reputada como muy cercana de los oficios viles. Solo en el siglo XVII, y sobre todo en el siglo XVIII, los comerciantes alcanzaron importante figuración social, pero sólo en la medida en que se constituyeron en un grupo de riqueza y de poder, que finalmente logró “ennoblecerse” a través de alianzas matrimoniales con hijas de encomenderos y hacendados, o con hijas de propietarios mineros esclavistas. Y esa llegada de los comerciantes a las más altas cumbres sociales se acompañó, al tiempo, de un proceso agudo de diferenciación social entre el comerciante y el mercader.³⁸

En el siglo XVIII se encuentra ya claramente definido que los *comerciantes* son aquellos que se mueven en el mundo de las grandes transacciones, que realizan viajes a España, a Cartagena, a Lima o al Perú, que mantienen relaciones estrechas con los terratenientes y mineros, con los cuales han establecido vínculos que son al tiempo económicos y de alianza familiar. El *mercader* realiza pequeños viajes de pueblo en pueblo -cuando los realiza-; se ocupa del comercio al por menor (al detal), tiene en alquiler una tienda en los bajos de una casa, o vende en su propio domicilio. Se le conoce también como “pulpero” y no goza de ningún reconocimiento social. No se encuentra del lado de la “república de españoles-americanos”, sino mucho más del lado de las “castas”.

Jerónimo Torres, a su manera y sin que él jamás utilice la palabra, era un mercader, hecho del cual cierta conciencia debían tener los Torres, pues por momentos quisieron ocultar su nueva actividad, lo que de todas maneras resultaba imposible por la inmediatez misma en que se desenvolvían todos los contactos sociales entre las gentes de elite de Popayán. Sin embargo, el comercio mismo, como *profesión*, debía estarse transformando en Nueva Granada, pues en otras regiones, aunque de carácter

³⁶ Carta del 20-I-1802, A.C.T., Caja No 5.

³⁷ Carta del 20-XII-1805, A.C.T., Caja No 5.

³⁸ Cf. Germán Colmenares, “La economía y la sociedad coloniales”, en *Manual de Historia de Colombia*, T. 1. Bogotá, 1979.

menos aristocrático que Popayán, otros grupos, distintos de los comerciantes tradicionales, habían empezado a cumplir, en pequeña y grande escala, esa actividad, ocupándose, con nuevos criterios, de cultivos de materias primas agrícolas, que antes nunca habían sido del interés de los comerciantes tradicionales, y muchos padres de familia, aunque aun de manera incipiente, no dudaban en recomendar a sus hijos la práctica de un oficio comercial.

Buscando el mar

A pesar de los esfuerzos comerciales de Jerónimo y Camilo Torres, de sus intentos por vender con ganancia instrumentos de trabajo a los hacendados, libros a los hombres de letras de Popayán y Santafé, canela a las amas de casa y pañuelos de seda a las jóvenes de la alta sociedad, la condición económica de la familia continuaba como un problema por resolver. Pero ocurre que, desde hacía tiempo, Jerónimo había comenzado a trabajar en la formación de un *camino* que conectara a Popayán con la propiedad minera familiar, y más exactamente con el océano Pacífico, pues había descubierto en su propia experiencia de trabajo, y en los escritos de sus colegas ilustrados, que el mayor problema económico de la provincia era el de su encierro en las montañas, ya que, como lo hacía ver F. J. de Caldas, se trataba de uno de los “países” más encerrados del virreinato. Jerónimo, siguiendo las huellas de su padre, quien también emprendió la construcción de caminos, había comenzado por la apertura de una trocha -una pequeña vía para viajeros y bestias de carga- de mejores condiciones que la existente, y a la que pensaba transformar en un gran camino que llevara al mar, a través de una combinación de vías terrestres y fluviales, que diera salida a los productos agrícolas de la región, pero también que diera entrada a todas aquellas mercancías que podrían venir de otras colonias españolas y de la misma Europa. Se trataba pues, de garantizar el *comercio activo*, considerado como “fuente y origen de la comodidad y de la riqueza”.³⁹

El comercio activo era, desde luego, en los primeros años del siglo XIX, momento en que Jerónimo Torres trabaja intensamente en su camino, tan sólo una aspiración en Popayán, Gobernación que simplemente tenía una agricultura de baja productividad, dependiente de las necesidades de un sector minero basado en el trabajo esclavo, y que recibía de Santafé, de Quito o de Cartagena los productos más elaborados para el consumo de los grupos con ingresos importantes, grupos que eran, de todas maneras, bastante reducidos. Así pues, Jerónimo trabajaba esencialmente *con una idea de futuro y con una ilusión*. Al parecer la ilusión tenía fuerza, según indica la correspondencia, pues Jerónimo escribe a su hermano en repetidas ocasiones sobre la importancia del camino en que trabaja, de los beneficios para la región (“¿cuánto

³⁹ La noción de comercio activo fue ampliamente discutida en el *Papel Periódico* y en el *Correo Curioso*. Para su definición como comercio internacional de exportación cf., por ejemplo, *Correo Curioso*, No 41, 24-XI-1801. El comercio activo era, desde luego, inseparable de la apertura de vías de tránsito. Como escribe José Manuel Restrepo, los caminos son «la primera operación de todo pueblo que pretenda comerciar con la mayor economía y dar fomento a su industria y a su agricultura». *Semanario*, T. 1, p. 272.

más no se adelantaría?” con el camino, escribe), para el servicio público y para la familia, todo lo cual el reúne en un sólo cuadro. En sus cartas menciona la variedad de productos que podrían llegar con el nuevo camino (“el cacao, el maíz, y otras producciones”), la disminución de los costos (“nada cara la conducción”), y asegura que, con el nuevo camino (cuya construcción calcula en dos años), “está ya facilitada en la mitad la comunicación de esta provincia con la costa [Pacífica]”, aunque se lamenta de la inacción de los vecinos y comerciantes de Popayán, “que no miran por sus verdaderos intereses”.⁴⁰

Pero trabajando en la construcción del camino, Jerónimo pudo encontrarse de manera mucho más cercana con la “naturaleza” de que hablaban sus libros, pues si bien había desarrollado varias expediciones botánicas con Caldas y sus otros compañeros de formación, por las cercanías de Popayán, ninguna de esas excursiones tuvo el alcance de las que ahora realizaba. En una carta para Camilo Torres, de mediados de 1802, Jerónimo abordaba el problema de los “recursos naturales” de manera amplia, insistiendo ante su hermano no sólo en las posibilidades comerciales del camino, sino en la riqueza y la variedad de los cultivos que se podrían emprender con ganancia (“Pero, ¿cuántos tesoros no encierran estas montañas?”), posibilidades que se perdían por “nuestra ignorancia y barbarie”⁴¹, y presentaba un resumen sintético del resultado de sus excursiones, mostrando al mismo tiempo una clave de *su diferencia* con otros tipos de exploradores: el uso de *instrumentos científicos*. Al respecto Jerónimo escribía:

“Yo he encontrado de paso el benjui; una palma que produce una cera blanca y que suple la del norte; una mina de cobre abundante, y otra de azogue nativo, que no he podido examinar, y que puede estar mezclada con oro. ¿Qué otras infinitas riquezas no habrá escondidas en el centro de estas montañas, y que posiblemente permanezcan allí escondidas por muchos siglos? Yo anduve muy de carrera y sin instrumentos: una pequeña brújula y un termómetro... fue todo lo que tuve como aparato”.⁴²

Es importante destacar que este inicial descubrimiento práctico de la “economía política” no ocurre de cualquier manera. Jerónimo “lee” la naturaleza a través del *filtro* de la Historia Natural, y sus descripciones, aunque comparten el lirismo exaltado de los cronistas de los siglos XVI y XVII, se encuentran determinadas por los saberes que constituían parte de sus nuevas adquisiciones intelectuales. Se referirá, por ejemplo, a las producciones botánicas, parafraseando sus lecturas, haciendo intervenir en las descripciones los nombres de los autores que conoce, y tratando de mostrar lo que considera sus enseñanzas. Al parecer, y pese al lirismo inevitable, Virgilio ha empezado a perder sus privilegios frente a los nuevos autores químicos y físicos del siglo XVIII, y Jerónimo escribirá, cuando describe el paisaje, la abundancia de aguas puras y la calidad del aire por donde va trazando su camino, que:

⁴⁰ Carta del 5-XII-1801, A.C.T., Caja No 5.

⁴¹ Carta del 20-VI-1802, A.C.T., Caja No 5.

⁴² Idem.

“percibe uno con una sensación grata en los pulmones los torrentes de aire vital que Bonet, Priestley y otros químicos nos aseguran despiden [las plantas] que se hallan expuestas al sol, como las... [de] la colina del nuevo camino”.⁴³

De esta manera, Jerónimo Torres parece llegar a uno de los puntos más importantes del ideario económico de los ilustrados: la relación que la agricultura de utilidad debería ahora establecer, ya no sólo con el saber botánico, sino particularmente con la nueva química, según la fórmula que harán suya los ilustrados después de 1800, y que usarán de manera crítica contra su gran maestro, el botánico Mutis.⁴⁴ Las expresiones pueden estar construidas con ingenuidad, pero la modificación intelectual es sin duda un hecho comprobable. Se trata de *otra naturaleza*, y el conjunto de fórmulas empleadas en ésta y en otras cartas, es el síntoma de una naturaleza que no es sentida como amenaza, ni como simple maravilla extraña, a la manera del siglo XVI, sino como lugar benéfico, posibilidad de uso racional, e invitación al trabajo. Es por eso que más adelante Torres indicará:

“Una prodigiosa variedad de plantas, sobre todo de palmas, resinas, gomas, maderas; una multitud de minerales apreciables; en fin, una feracidad extraordinaria que convida al labrador, y que promete ventajas infinitas en los añiles, cacao, algodones [roto] preciosidades ocuparían útilmente al botánico, al artista, al traficante, al labrador”.⁴⁵

Los ilustrados neogranadinos parecen conquistar aquí una nueva posición en el orden intelectual y cultural, máxime si tenemos en cuenta que esto que podemos reconocer en Jerónimo Torres -mientras va abriendo su camino-, es una condición más general. A veces no se repara demasiado en lo que significaba convertirse en físico o en astrónomo en el siglo XVIII en Nueva Granada: intentar tocar con la ciencia y la razón las alejadas estrellas (objeto sacro por excelencia); o tratar de determinar el clima por la observación del cielo a través de extraños aparatos, en el caso de F.J. de Caldas. O emprender el estudio de las serpientes, dejando de lado las mitologías y los bestiarios, y hablando de su utilidad y beneficio, e invitando a observar y clasificar aquel animal que desde la propia Biblia se había convertido en objeto de miedo y de recelo, como en el caso de J.T. Lozano.

Pero la economía política es un saber complejo. Y si bien a Jerónimo Torres le fue enseñando paso a paso que la naturaleza podía ser ocasión de provecho, de mejora de la condición de los hombres y de felicidad, también parece haberle recordado su carácter “social”, pues mientras avanzaba en la construcción de su camino se encontró con los terratenientes de Popayán -quienes también se interesaban en la búsqueda del mar-, en la figura misma de la poderosa familia Arboleda, con algunos de cuyos miembros había realizado sus estudios, y de los cuales, por lo menos dos, eran

⁴³ Idem.

⁴⁴ Cf. Francisco Zea, Plan reorgánico de la Expedición Botánica (1802), en *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. Bogotá: Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1985-1986. T 6, pp 88-133.

⁴⁵ Carta del 20-VI-1802, A.C.T., Caja No 5.

aficionados a las ciencias naturales que compartían con Jerónimo los mismos intereses intelectuales. Jerónimo Torres escribía, en 1803, a su hermano Camilo, dándole cuenta de un motivo de inquietud, pues a su camino le había salido “competencia”, ya que la familia de los Arboleda había declarado que el proyecto era de su interés, había presentado títulos de derecho sobre el territorio –títulos de los que carecían los Torres-, y se aprestaba a iniciar trabajos:

“Se me ha informado que los Arboleda se hallan con la idea de aprovecharse de nuestro trabajo en el camino. Dicen que pretenden abrirlo a bestia y resucitar sus antiguos proyectos, y que andan haciendo preparativos a ocultas. Ya se nos prepara esta nueva incomodidad; éste [el proyecto de los Arboleda] no tiene por objeto el público, sino su provecho particular”.⁴⁶

El camino al mar nunca se terminó, pero Jerónimo Torres continuó por varios años más su trabajo, a pesar de la amenaza de la familia Arboleda, bajo el impulso y las recomendaciones de su hermano Camilo, quien le insistía en el uso de procedimientos más técnicos y de mayor exactitud. Jerónimo aceptaba las recomendaciones, pero encontraba dificultades para llevarlas a la práctica: “Aun cuando tuviese instrumentos, es difícil una carta [mapa] verdaderamente geográfica del territorio, como me dices”.⁴⁷

El sueño de la quina

La apertura de caminos, aseguraban los ilustrados, permitía el flujo de la riqueza, pero no la creaba. Así que en medio de la construcción del camino al mar, la familia Torres seguía soportando un “mal pasar”, sin que el “jefe de negocios” diera muestra de mayores éxitos, en sus actividades comerciales. Era necesario entonces pasar de la “esfera de la circulación a la esfera de la producción”, como se diría en el lenguaje de la economía política que tanto le interesaba ahora a Jerónimo Torres, pero que apenas comprendía. Había pues que apurar el “diálogo con la naturaleza”, y ninguna oportunidad mejor que la de la quina, que era no sólo una especie emblemática para los neogranadinos, sino también un cultivo sobre el cual se imaginaban toda clase de posibilidades futuras de riqueza, y una planta sobre la cual el grupo de naturalistas de Popayán había realizado detenidas observaciones.

Los neogranadinos habían trabado relaciones con la planta y con el cultivo de la quina, desde los años 60s en el siglo XVIII, pero en el simple plano de la investigación botánica y de las aplicaciones médicas.⁴⁸ Solo en la década de los años 80s la quina

⁴⁶ Carta del 2-II-1803. Y carta del 19-II-1803, en que Jerónimo cuenta que, ante la amenaza de los Arboleda, ha informado al gobernador, «que pensaba adelantar y mejorar este civil establecimiento...». Y carta del 20-III-1803, en que declara que «por ahora no pienso adelantar nada judicialmente en punto al camino». A.C.T., Caja No 5.

⁴⁷ Carta del 5-VI-1802. A.C.T., Caja No 5.

⁴⁸ Cf. por ejemplo A.G.N., Col M y M, T 77, ff 159-160, Oficio del Gobernador de Cartagena [de Indias] al Virrey Manuel Antonio Flórez, sobre quinas y aplicaciones terapéuticas. 1777.

se convierte en un cultivo en el que parecía expresarse no sólo el afán de la Corona por intensificar la explotación de los recursos naturales de su colonia, sino ante una *actividad de la sociedad*. Son multiplicadas, entre 1780 y 1810, las iniciativas por parte de curas, de labradores pobres y de propietarios agrícolas ricos, de comerciantes ilustrados, de botánicos prácticos, y de inmigrantes españoles recientes, por describir especies de quina, por producirla y por comercializarla.⁴⁹ Jerónimo también se decidió por la quina y por lo menos desde 1802 se encontraba dedicado a la recolección de algunas variedades y a la prueba de sus virtudes, con la esperanza firme de encontrar un renglón productivo, que fuera al tiempo un servicio a la “salud de la humanidad” y una forma de enriquecimiento a través de la exportación a Europa. En una carta de 1802 para su hermano Camilo, Jerónimo le cuenta que en una pasada excursión a la propiedad familiar de Cerrillos, había encontrado un árbol de quina que le llamó mucho la atención por su calidad, y porque “la parte gomosa es abundantísima”, y enviaba algunos esqueletos de la planta, “disecados con todo el esmero que se pide”.⁵⁰

Camilo Torres parece haber discrepado de las conclusiones botánicas de su hermano sobre la importancia de la variedad de quina encontrada, pues, a principios del mes de octubre Jerónimo le escribe, ratificándose en su opinión (“he sacado una porción de extracto, que me parece muy bueno”), aunque manteniendo la duda, mientras Mutis ofrecía su concepto definitivo, a pesar de que él por su cuenta ya había realizado experimentos médicos con gran éxito (“yo he hecho aplicaciones exteriores en llagas, con feliz suceso”), y había preparado con la quina “pastillas fortificantes”.⁵¹ En el correo siguiente Jerónimo vuelve sobre el problema, pues ha continuado sus excursiones botánicas y sus investigaciones médicas, y reclama otra vez el concepto de Mutis sobre sus envíos, los que en esta ocasión ha organizado de manera metódica, con principios de clasificación según el modelo lineano, e indicando para cada caso la altura de los lugares en los que fueron recogidas las variedades, y solicitando que el nuevo examen se hiciera “con más cuidado y como corresponde”, es decir, de acuerdo con los términos de la *Filosofía Botánica* de Linneo.⁵²

La discusión botánica de los hermanos Torres todavía se continuaba al final del año, sin que llegaran a un acuerdo, pero Jerónimo ya tenía la convicción de que las montañas de San Juan, la zona en donde se encontraban algunas de las propiedades de la familia, la quina se podría cultivar con excelentes rendimientos, pues había encontrado multiplicadas variedades, aunque no había podido examinarlas todas, “por falta de conocimiento para distinguir las especies y trabajar con provecho”, a pesar de haber estado buscando en sus libros botánicos, pues disponía del *Tratado*

⁴⁹ Para la historia del descubrimiento *botánico* de la quina en el siglo XVIII (la primera descripción botánica es la de La Condamine, en 1735) y de sus usos en el siglo XVII (que dependieron de los conocimientos indígenas sobre curación de distintos tipos de enfermedades), cf. David J. Robinson, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas, 1740-1741. Diario de don Miguel de Santisteban*. Bogotá: Banco de la República, 1992.

⁵⁰ Carta del 20-IX-1802, A.C.T., Caja No 5. Jerónimo Torres agregaba que quedaba en espera del juicio que el botánico Mutis hiciera en Santafé, para hacer otros envíos.

⁵¹ Carta del 5-X-1802, A.C.T., Caja No 5.

⁵² Carta del 20-X-1802, A.C.T., Caja No 5.

de las Quinas de Hipólito Ruiz, el naturalista peruano, y había intentado conseguir los números del *Papel Periódico* en que se publicaron partes del “Arcano de la Quina” de Mutis.⁵³

Así pues, Jerónimo se encuentra decidido por el comercio con quinas, y ha recibido semillas que intenta sembrar en los terrenos de la propiedad familiar⁵⁴, pero debe encontrar con quién trabajar, pues sus dos hermanos mantenían sus esperanzas en la minería, y en principio se manifestaron poco conformes con el intento de Jerónimo. Es por eso que Jerónimo comenta a Camilo, luego de mencionar que tiene descubiertas cuatro especies de quinas nuevas, que, “siempre que Ignacio viene de la mina, lo empeño a que descubra este precioso vegetal, pero la sagrada hambre del oro, no le da tiempo para estas ocupaciones”.⁵⁵

Pero además, el medio social no parecía ofrecer las mejores condiciones, para una empresa productiva que Jerónimo imaginaba dirigida por la ciencia y con un uso cuidadoso de la naturaleza, ya que si bien el corte y recolección eran grandes, éstos se efectuaban bajo criterios tradicionales, aprovechando los sitios de cultivo silvestre, cortando los árboles sin reponerlos, y sin pensar en la necesidad de ampliar y cuidar los cultivos. Jerónimo lo dice a manera de lamento, unos años después, cuando exclama: “Lástima que se estén destrozando bárbaramente los montes, y si continúan así, la agotarán...”.⁵⁶

En cierta manera, lo que sucedía era que bajo el efecto de un pequeño impulso comercial, del que se trataba de sacar un resultado inmediato, sin ninguna proyección en el futuro, los labradores simplemente aprovechaban la ocasión, y ponían a marchar el viejo modelo de rapiña, que había caracterizado la sociedad de la Conquista, y que desde entonces es una constante de la sociedad colombiana, fenómeno que en el lenguaje popular se expresa con el nombre de “bonanza”. Es sobre esto que Jerónimo habla en una carta a Camilo cuando le dice que, “si hubiese tiempo y compañeros yo trabajaría con gusto en lo de la quina”; pero Jerónimo no entiende la actividad como el corte indiscriminado de árboles, como tala salvaje, sino como la búsqueda de nuevas especies, para garantizar cultivos que pudieran competir con la quina de Loja (en el Ecuador), cuyas virtudes médicas le habían asegurado su aceptación en Europa. Es por esto que este agrega:

“Una ligera tintura de botánica le bastaría a cualquiera para discernirla en los montes... Pero en el día no hay aquí con quien hablar de botánica ni de química. También se carece de libros e instrumentos, y todo esto hace desmayar en cualquier empresa”.⁵⁷

⁵³ Carta del 5-XII-1802. De creer a los ilustrados neogranadinos, las especies de quina en su territorio serían infinitas, pues cada uno pensaba haber descubierto un número crecido de especies. En realidad se trataba casi siempre de variedades de algunas especies o de clasificaciones mal realizadas.

⁵⁴ Carta del 5-VIII-1803, A.C.T., Caja No 5.

⁵⁵ Carta del ?-XII-1803, A.C.T., Caja No 5.

⁵⁶ Carta del 5-VIII-1806, A.C.T., Caja No 5.

⁵⁷ Carta del 20-V-1804, A.C.T., Caja No 5.

De todas maneras, las excursiones botánicas (“botanizar” es un verbo para los ilustrados: se trata de salir al campo para buscar y reconocer plantas nuevas), lo mismo que las experiencias médicas de Jerónimo Torres y de sus compañeros del círculo de naturalistas de Popayán continuaron, pero, hacia 1805, encontraron un nuevo punto de apoyo con el regreso temporal de F.J. de Caldas a la ciudad, pues éste no sólo era un gran conocedor de quinas, debido a su estadía en Quito, sino que había escrito una “Memoria sobre las quinas de Loja”. Jerónimo aprovechó el regreso de Caldas a Santafé para enviar a Camilo nuevas muestras de la quina solicitada, “juntamente con sus esqueletos y dibujos”, y anunciaba que ya llegaban al número de 24 las especies nuevas determinadas por Caldas, quedando él mismo comisionado para enviarle luego algunas otras que no habían logrado describir, “y las otras que yo encontré cuando la apertura del camino”.⁵⁸

Tanto las nuevas especies de quina clasificadas, como los inmensos campos de cultivo silvestre encontrados, confirmaron a Jerónimo en la idea de un proyecto económico viable y de grandes rendimientos. Como el lo escribía, “es muy regular que se encuentre en otras partes [la quina], y si la experiencia nos acaba de confirmar que es verdaderamente febrífuga, he ahí un tesoro...”; por todo lo cual se decidió a trazar un plan de comercio de quina en gran escala, para lo cual comenzó a realizar acopios de quina, de la que venían recolectando otros vecinos o labradores pobres. Sobre este proyecto de comercio de quina en gran escala, Jerónimo informaba a su hermano Camilo, a principios de 1806, diciéndole que, por esa razón, el dictamen de Mutis sobre las quinas de Popayán, por comparación con las de Loja, se había vuelto urgente; pero que, además, si el aprecio que en Europa se hacía de las quinas no era sólo por sus posibilidades médicas, sino también como sustancia para teñir, tanto mejor, pues de esa variedad se encontraba también en las cercanías de Popayán.

La idea de Jerónimo Torres era la del acopio “de algunos miles de arrobas” de quina, puesto que aun con bajos precios, problema sobre el cual había recogido informaciones, “podría dejar ésta negociación bastante utilidad”, sobre todo lo cual pedía a Camilo su opinión, “para continuar con el acopio que ya he comenzado”.⁵⁹ Los informes de su hermano Camilo -quien desde Santafé comerciaba con quinas, intentando exportarlas a través del Puerto de Maracaibo (Venezuela)- no fueron optimistas, respecto de los precios que se pagaban en Honda y en Mompo, y Jerónimo debió controlar un poco su entusiasmo exportador, pero sin abandonar la actividad: “No obstante procuraré sacar algunas libras que remitiré... a Cartagena, para ver la suerte que tenga”.⁶⁰

La actividad botánica, experimental y médica de Jerónimo Torres continuo, pues no se trataba en realidad de un “aislado placer solitario”; y esto hay que resaltarlo, porque indica uno de los momentos en que la actividad de los ilustrados neogranadinos

⁵⁸ Carta del 20-IX-1805, Carta del 20-X-1805, y Carta del 20-XI-1805, A.C.T., Caja No 5.

⁵⁹ Idem. Pero Jerónimo Torres piensa desde ya en otra fórmula, a la que ha podido llegar por sus conocimientos químicos elementales. Se trataba de la exportación de la quina, pero como extracto, lo que no le restaba aprecio, pero «ahorra en la mayor parte de los gastos de conducción», según escribía.

⁶⁰ Carta del 5-III-1806, A.C.T., Caja No 5.

se encuentra más cerca de la actividad de una parte importante de la sociedad. Jerónimo Torres lo indicó en varias cartas (pero muchos otros testimonios también lo ratifican). Así por ejemplo, refiriéndose a la experimentación con quina como actividad colectiva, describía la animación que suscitaba en Popayán, en los siguientes términos: “se está experimentando con éxito en el hospital”, o, “aquí se repiten todos los días nuevos experimentos... y los efectos siempre corresponden”. O aun, “se ha generalizado aquí... ya tanto el uso, que todo el mundo toma quina... de la nuestra” [de Popayán].⁶¹ No puede perderse de vista sin embargo que existían diferencias grandes entre la manera como los ilustrados se planteaban el problema de la creación de la riqueza agrícola, y aquella otra manera que continuaba siendo la de la mayoría de la sociedad: la rapiña y el uso inmediato de un recurso hasta agotarlo. Jerónimo Torres tenía perfecta conciencia de ello, y al respecto escribía:

“Se ha levantado aquí una fermentación general sobre el acopio de la quina, [y] se están talando todos los montes, pero con imprudencia y sin discernimiento de especies. Del mismo modo, se está sacando el extracto, pero como lo hacen en fondos de cobre, sin el aseo necesario, creo, por lo que he experimentado, que saldrá una droga no sólo inútil, sino perjudicial”.⁶²

Todo el año de 1806 Jerónimo Torres lo dedicó, por fuera de otras actividades de comercio, lectura y experimentaciones en el campo de la física, a pruebas médicas con la quina y al acopio de las cantidades que pensaba exportar bajo la forma de extracto, a través de Cartagena y de Panamá, invirtiendo los pocos dineros de los que disponía.⁶³ Y en mayo de 1806 ya anunciaba tener acopiadas 40 arrobas, de las “miles” que se proponía reunir⁶⁴, aunque seguía mortificado por las malas condiciones técnicas en que sus competidores fabricaban el extracto, pues creía que esos procedimientos desacreditarían el producto, lo que lo decide a levantar queja ante el gobernador.⁶⁵

Aun en los primeros meses de 1807, y animado por los resultados médicos que seguían consiguiéndose con el empleo de la quina local, continua sus acopios, y aun compra quina a otros comerciantes, declarando que ya casi tiene listo el envío completo, aunque debe suspender sus labores un momento, “porque voy en estos días para ejercicios espirituales”. Pero desde finales de 1806, antes de marchar a retiros espirituales, Jerónimo Torres ya había determinado su “plan de exportaciones”, y hacia abril de 1807 su envío partió para Panamá, en manos de un comerciante amigo, del que por algunos meses no tuvo noticias, aunque reconocía las dificultades que se oponían a una buena negociación:

⁶¹ Cf. como ejemplo, Carta del 5-V-1806, A.C.T., Caja No 5.

⁶² Carta del 19-III-1806, A.C.T., Caja No 5. Cf. igualmente Cartas del 20-IV-1806 y 3-V-1806, A.C.T., Caja No 5.

⁶³ Cf. Carta del 5-IV-1806, A.C.T., Caja No 5, en donde Jerónimo le informa a Camilo que tiene pagados peones para sacar la quina.

⁶⁴ Carta del 5-V-1806, A.C.T., Caja No 5.

⁶⁵ Carta del 5-VIII-1806, A.C.T., Caja No 5.

“Sin embargo del mal pie en que se halla la quina, yo seguiré... para cuando vacíe la marea o tengamos alguna interrupción de la guerra, pues, como no es un artículo de capricho, su consumo siempre subsiste tarde o temprano, y se venderá con reputación”.⁶⁶

No podemos establecer por la correspondencia de los Torres, ni por otras fuentes, qué pasó exactamente con las quinas enviadas por el entusiasta empresario, pero habría motivos para pensar que el resultado no debió ser el mejor, si tenemos en cuenta que los acumulados de quina en Cartagena, por ejemplo, fueron superiores a los despachos hacia Europa, en esa misma época, sobre todo por el cierre de puertos, que produjo la guerra internacional de 1804. Estas mismas dificultades que debió padecer el envío de Torres, son las que ilustraba el rico comerciante Juan de Dios Amador, el socio de José Ignacio de Pombo, quien, en abril de 1805, hablaba sobre los perjuicios derivados del cierre de puertos, y se decidía por algunas compras de quina, en el Puerto de Honda, pero sin mayores esperanzas:

“puesto que el tiempo da lugar para negocios morosos, me he propuesto acopiar una partidilla de dicho fruto [quina], para cuando Dios sea servido darnos la paz, sin embargo de que tengo mis recelos de que este artículo va a decaer, pues en esta ciudad [Cartagena] hay muchísimos zurroneos que deberían seguir para España, luego que se haga la paz”.⁶⁷

Jerónimo Torres se dedicó durante los meses siguientes a tratar de hacer efectivos ante el gobernador algunos artículos del *Reglamento del Libre Comercio*, que su hermano Camilo le envió, para que tratara de recuperar los derechos de salida pagados, pero tampoco sabemos si tuvo éxito.⁶⁸ Sin embargo, un gran paso se había franqueado, pues, si bien Jerónimo Torres confesaba que, “Veo las pocas esperanzas del extracto en Panamá. Ya está allá y veremos la suerte que corra”, la negociación se había hecho, y los criollos neogranadinos comenzaban a cruzar el mar con sus productos agrícolas, como lo harían durante todo el siglo XIX los comerciantes, y como lo continúan haciendo en el siglo XX.

Y Jerónimo pensaba que, aun sin obtener ningún beneficio, el tiempo no se había perdido, pues, “*quien no arriesga no pasa el mal*”, un principio importante que también se encontraba en el ideario económico de los ilustrados, y que luego hemos visto abandonar en la cultura empresarial del país, más empeñada en el beneficio seguro a prueba de todo riesgo y con toda clase de ventajas. Observemos un ejemplo preciso en el *Correo Curioso*, periódico que declaraba la necesidad de que los comerciantes corrieran los riesgos que suponía toda actividad económica, y clamaba contra “las objeciones que proponen los tímidos”, quienes, en su opinión, tomaban “lo remoto y probable [el fracaso económico] como evidente y seguro”.⁶⁹ El *Correo*

⁶⁶ Carta del 5-IV-1807, A.C.T., Caja No 5.

⁶⁷ A.G.N., Col, M y M, T 92, f 256.

⁶⁸ “Recibí las Reales Ordenes sobre libertades y derechos de las quinas. Haré sacar testimonio para ver si puedo recaudar los pesos desembolsados...”. Cf. Carta del 5-VIII-1807, A.C.T., Caja No 5.

⁶⁹ *Correo Curioso*, No 17, 9-VII-1801.

Curioso consignaba también, como parte del nuevo ideario económico propuesto, que la quiebra de un comerciante individual, era una condición normal de la vida económica (“y sin embargo de las quiebras, que es preciso que se sucedan, con detrimento de los interesados...”), pero que, en general, ello no era obstáculo para impedir o frenar las inversiones, ya que “solo una manifiesta seguridad de pérdida, puede ser el fundamento racional para separarse de poner en ejecución un proyecto”.⁷⁰

Aunque no es nuestro objeto realizar el balance de las condiciones que impidieron realizar el “sueño botánico-exportador” de los ilustrados neogranadinos, si deben señalarse cuando menos dos elementos que muestran, de manera explícita, la conciencia que en ellos existía de las dificultades que debían afrontar. De una parte frente a la sociedad: hay en todos los ilustrados manifestaciones expresas de que la “esperanza botánica”, la que para los labradores y cosecheros se manifestaba como una bonanza económica que desconocían y cuya suerte futura no constituía su preocupación, no podría resistir largo tiempo sino se controlaban técnicamente los procesos de siembra y de recolección, y sino se garantizaba una calidad suficiente en el producto. Hay aquí, pues, una diferencia profunda en cuanto a la *valoración del tiempo*, pues las conductas más tradicionales de la sociedad parecen no tener ninguna percepción de la *idea de futuro*.

Las cartas de Jerónimo Torres, lo hemos visto, son reiterativas a ese respecto, cuando menciona “la forma bárbara como se están destruyendo los montes”. Pero lo mismo se encuentra en su hermano Camilo, en su correspondencia con el grupo de comerciantes ilustrados del sur oriente del virreinato, con quienes se empeñó en la exportación de quina por el puerto de Maracaibo, cuando reclama cuidados en el transporte, en el almacenamiento y en la calidad.⁷¹ Y observaciones similares se encuentran en Eloy Valenzuela. Por su parte Antonio Nariño, quien desde por lo menos los finales de los años 80s exportaba quinas, y mantenía agentes comerciales en México y el puerto de Veracruz, declaraba su acuerdo con las normas técnicas propuestas por Mutis para el corte y recolección de quinas, en su solicitud de licencia para exportación.⁷² Cuando en el año de 1809 F. J. de Caldas presentaba su balance de las producciones naturales que más convenían al comercio del virreinato, su observación sobre las quinas, a las que un lustro antes llamaba “mis amadas quinas”, no deja lugar a ninguna duda:

Las quinas, aunque tan buenas como las del Perú, se hallan tan desacreditadas por la ignorancia, torpeza y mala fe de los cosecheros, y nuestras selvas se encuentran tan taladas, que no serían objeto hoy un objeto lucrativo de comercio.⁷³

El otro gran obstáculo que encontró el *sueño de la quina*, no tiene que ver con la sociedad y la técnica, sino con la política. De una parte los comerciantes de quina

⁷⁰ Idem.

⁷¹ Para la correspondencia de Camilo Torres y de ese grupo de comerciantes, la mayor parte abogados, antiguos condiscípulos en el Colegio del Rosario, cf. A.C.T., Caja No 1, 1805-1807.

⁷² Cf. *Archivo Nariño*, T. 1, pp 177-183. El concepto de José Celestino Mutis sobre los métodos de corte de las quinas en pp 179-180.

⁷³ José Antonio Caldas, *Obras*, p. 265. pp. 252-255.

encontraban dificultad para ver aprobadas sus licencias de exportación, pues el *Reglamento de Libre Comercio* sólo se aplicó de manera parcial, y cada intento de exportación significaba no sólo un duro forcejeo para conseguir el permiso correspondiente, sino el pago de un conjunto de “derechos de salida”, lo que representaba una suma de alguna consideración para comerciantes que no poseían grandes fortunas. Pero más que la prohibición del comercio libre, el enemigo del comercio de exportación fue en este período la guerra. En realidad el *Reglamento de Libre Comercio* (apertura de puertos, reducción de derechos, simplificación de trámites comerciales), sólo pudo funcionar de manera más o menos regular, entre 1784 y 1793, pero el conjunto del período está dominado por las hostilidades internacionales.⁷⁴ Y en la correspondencia de los ilustrados se encuentra siempre presente, el clamor por la paz. Como escribía Jerónimo Torres:

Pero esta guerra eterna desalienta toda negociación que quiere uno emprender. Y según van las cosas y la nueva política de la Europa, me parece que no podemos esperar paz, pues el pretendido equilibrio de las potencias, no es obra de los hombres, ni compatible con la ambición de cada una de ellas.⁷⁵

Sin embargo, Jerónimo Torres, eterno optimista, continuó recolectando variedades de quina, durante el año 1807. “Aquí me han traído muestras de la cordillera de Puracé”, escribe en una carta de finales de ese año, para mencionar un ejemplo⁷⁶, y su actitud alegre y entusiasta, aun ante las peores dificultades, se expresa con nitidez, en una carta anterior, cuando, sabiendo ya de los malos, o por lo menos dudosos, resultados de sus inversiones en el comercio de quina, escribe a su hermano Camilo, en un tono casi infantil :

Puede ser que en el correo venidero, te mande un botecito de quina, para que repartas con Caldas, si consigo bastantes flores. Salúdame a ese amigo, dándole las gracias por la Filosofía Botánica [el texto de Linneo] que he recibido. Dile que estoy haciendo los esqueletos que le ofrecí, de la quina grandiflora.⁷⁷

⁷⁴ Cf. sobre este punto Antony McFarlane, “El comercio exterior del virreinato de Nueva Granada. Conflictos en la política económica de los Borbones”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nos 6-7. Bogotá: Universidad Nacional, 1971-1972, pp. 69-116.

⁷⁵ Carta del 5-III-1806, A.C.T., Caja No 5. José Manuel Restrepo era de la misma opinión. Hablando de la quina producida en Antioquia, escribe: «La quina de sus montes era la única producción que se exportaba; pero la guerra destruyó este ramo de comercio, lo mismo que en el resto del virreinato». *Semanario*, T. 1, p. 262.

⁷⁶ Carta del 5-X-1807, A.C.T., Caja No 5.

⁷⁷ Carta del 5-III-1806, A.C.T., Caja No 5.